

EL REGRESO DE MARDUK

A Yoás casi se le saltan las lágrimas cuando distinguió a los lejos la torre maciza de su poblado, emplazado en la vega del reseco río Anas. Desde los diez años acompañaba con frecuencia a su padre, Marduk, en sus cacerías, y ya a sus trece años tenía unas piernas fuertes y resistentes y casi era considerado uno más de la partida de cazadores.

Pero habían pasado ya más de diez lunas de su partida, tenía todo el cuerpo lleno de profundos cortes de espinas, y su estómago le recordaba que en todo el día solo había recibido unos breves sorbos de agua.

“Se ha portado bien el muchacho” pensó Marduk, mientras ayudaba a caminar a su amigo Jiram.

“¿Cómo vas?” le dijo a su compañero.

“Esos malditos perros casi me devoran, si no llega a ser por el filo del cuchillo que me prestaste, no hubiera podido con ellos”, contestó Jiram.

“Ese cuchillo es ya más tuyo que mío, Jiram, quédate con el”, determinó Marduk.

Le pareció lo mínimo que podía ofrecer a su compañero, ese valioso cuchillo de cobre arsenical por el que tuvo que dar diez pieles de nutria. Jiram se la había jugado atrayendo hacía él a los hombres de Assur y a sus temibles perros de presa.

Solo su acreditada resistencia y el gran conocimiento que tenía de la sierra le habían librado de morir devorado, al meterse por aquella densa zona de espinos había podido dividir a aquellos tres canes, y así, poder acabar con ellos uno a uno, despistando también a sus perseguidores.



A media tarde llegaron al poblado, últimamente había crecido, y eran sobre dos centenares de personas los que vivían en él, alrededor de la fortificación, lo hacían en pequeñas viviendas de planta oval o rectangular con zócalos de mampostería y alzados de barro con postes embutidos.

“Yoás” gritó Leá con lágrimas en los ojos abalanzándose sobre su hijo.

“Marduk te dije...” la madre no pudo acabar sus palabras, pero una mirada de reproche a su compañero le transmitió toda la angustia pasada por llevar a la expedición a su joven hijo.

Pasaron entre las casas y llegaron a la muralla exterior circular, de más de cinco metros de altura formada por bloques ciclópeos de piedra caliza, que formaba una circunferencia de unos cuarenta metros de diámetro, y pasaron al interior por un estrecho pasillo paralelo a la muralla.

Allí había un patio en el que a la caída de la tarde guardaban el ganado del poblado cuando las circunstancias así lo aconsejaban. De entre las personas que se encontraban en este patio y fueron a recibirles, Yoás buscaba los ojos Naara, aquella niña que le obsequiara con un cuenco de leche de cabra un día que llegó exhausto tras una cacería, y allí estaban, negros como la noche, mirándolo fijamente.

Atravesaron el patio y se encontraron con la segunda muralla, concéntrica a la exterior, la cruzaron entre rampas y pasillos embutidos entre los muros, para que en caso de ser atacados, sus enemigos no tuvieran más remedio que avanzar en fila de a uno, lo que les permitía sorprenderles en la desembocadura de los mismos.

Al final, estaba el patio interior donde había silos para el grano, y varios hornos de planta circular y cubierta abovedada de barro para la cocción de cerámica, y en el centro, la gran torre cuadrada de unos 7 metros de altura.

Al lado de la torre, se encontraba el eje de toda la fortificación, el pozo, perfectamente empedrado de mampostería de piedra caliza, que en este periodo de clima seco en el que vivía El Mundo, abastecía de agua el asentamiento, puesto que en los estíos, en el río Anas, solo quedaban unos charcones de lodo.

Junto al pozo, observó su entrada el único ojo de Uriel, este viejo guerrero, jefe de su clan, que estaba acompañado de los ancianos del Consejo, se levantó y abrazó a los recién llegados.

“Gracias a los dioses que habéis regresado” dijo Uriel ”Agua fresca y comida para estos hombres” ordenó.

“¿Estás malherido, Jiram?” preguntó el jefe al ver las heridas del cazador.

“Nada que no cure un poco de descanso”. contestó

Las mujeres trajeron unas bandejas con manjares reservados para las grandes ocasiones: grano tostado con miel, aceitunas silvestres, carne ahumada de ciervo, una bebida hecha con pan de cebada fermentado, y frente a Yoás aparecieron unos ojos negros que le ofrecían una jarra de agua fresca recién sacada del pozo.

Tras lavarse con agua con lavanda y reponer su apetito, Marduk, al que todo el poblado observó pacientemente mientras se reponía, comenzó su relato.

“Todo fue bien al principio..”.

Luis Reina Mercado. Marzo de 2011.

Bronce Manchego es la denominación historiográfica genérica de una subdivisión espacial y temporal de la prehistoria de la Península Ibérica también conocida como **Cultura de las Motillas**. Las denominadas "motillas" son eminencias topográficas que destacan sobre la llanura manchega. Su excavación ha demostrado que estaban formadas por cinturones de murallas concéntricas en varios niveles escalonados, dando una apariencia de cerro artificial al asentamiento que facilitaba su defensa frente a las invasiones y el control efectivo del territorio circundante; de forma equivalente a los Tell de la arqueología del Próximo Oriente.

En nuestra localidad existe una motilla datada: **La Motilla de la Dehesa de Carrión** (situada enfrente de la fortaleza de Calatrava la Vieja), el autor piensa que puede existir otra, justo enfrente de la desembocadura del arroyo de Valdecañas en el río Guadiana (¿**Motilla de Malvecinos?**), debido a que su enclave, características topográficas, diámetro, fotografía aérea, proximidad a yacimiento ibérico, etc., van en esa dirección. Los expertos dirán la última palabra.

MOLINA, F., T. NÁJERA, G. ARANDA, M. SÁNCHEZ y M. HARO : Recent Fieldwork at the Bronze Age fortified site of Motilla del Azuer (Daimiel, Spain). *Antiquity Project Gallery* Vol. 79, diciembre 2005.

PEÑA CHOCANO, LEONOR. “Agricultura y alimentación vegetal en el poblado de la Edad del Bronce de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén)” **Localización:** Complutum, ISSN 1131-6993, N° 11, 2000 , págs. 209-220.